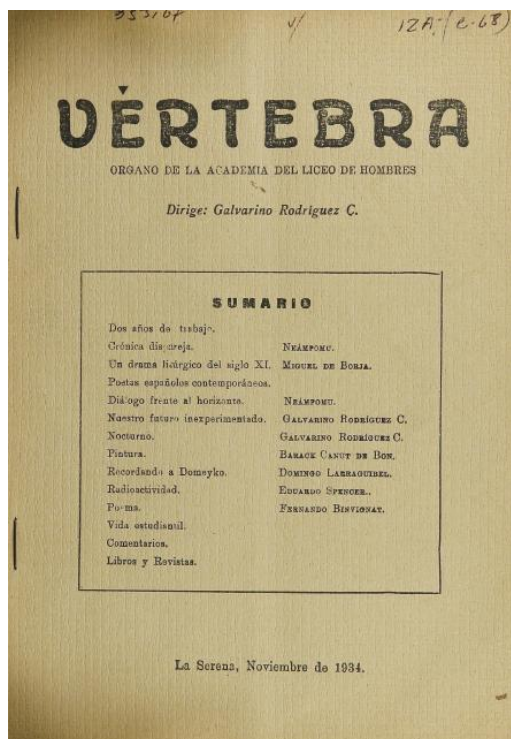


“¡No somos momias de un museo ni menos pajarracos de un zoológico!” reclamaba, en noviembre de 1934, el estudiante Galvarino Rodríguez en la columna “Nuestro futuro inexperimentado”, publicada en la revista *Vértebra*, que meses antes había fundado junto a la Academia Científica del Liceo de Hombres de La Serena y que se orientaba al público juvenil de la provincia. En medio de la incertidumbre que le despertaba a él y sus compañeros el final de la enseñanza escolar y el estado de alarma internacional, el director de la revista recorría los gestos, emociones, saberes y percepciones que habían marcado el tránsito hacia la “etapa final de esta rueda” de aquellos “muchachos” que seis años atrás habían ingresado de la mano de sus padres con los “bolsillos llenos de bolitas”.

*“Nuestro futuro
inexperimentado” y los
ecos de los estudiantes en
la prensa escolar.*

Su voz no es un eco aislado del pasado sino que forma parte de la prensa escolar, cuya producción se agilizó en Chile durante la segunda década del siglo XX, pero cuyos orígenes se sitúan a finales del siglo XIX. En consonancia con un proceso mundial y regional, en ese entonces las escuelas públicas, colegios particulares y liceos fiscales de todo el país comenzaron a publicar semanarios, revistas, pasquines, ateneos y diversos órganos estudiantiles en los que se comunicaban investigaciones escolares, creaciones artísticas y experiencias que se asumían comunes.

A pesar de su enorme valor histórico, las publicaciones estudiantiles han permanecido relativamente inadvertidas a la mirada adulta, sufriendo el extravío, la eliminación o el deterioro de sus páginas. Otras, más afortunadas, sobreviven en cajones familiares o estanterías escolares como soporte de memoria y nostalgia a la espera de ser recordadas y abiertas. Recientemente las voces de alumnos como Galvarino Rodríguez han sido difundidas públicamente gracias a un acuerdo de colaboración entre la Biblioteca Nacional de Chile y el Programa de Archivos Escolares del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile que, en su primera etapa de ejecución, ha digitalizado más cinco mil páginas de revistas y diarios escolares de ciudades como La Serena, Santiago, San Fernando, Talca y Concepción, a los que se puede acceder en los portales de la Biblioteca Nacional Digital y Memoria Chilena, específicamente en el



minisitio “Prensa escolar: palabras y ecos de las escuelas y liceos en el Chile”¹, desarrollado para su puesta en valor.

Este y otros registros constituyen dispositivos culturales que permiten superar relatos adultocéntricos, donde los estudiantes son receptores pasivos de los procesos de escolarización, reemplazándolas por una perspectiva en la que se constituyen en portadores de diversos proyectos ideológicos e idearios artísticos. Mediante poemas, efemérides escolares, artículos de divulgación científica, críticas de cine y literatura, columnas de opinión, entrevistas, entre otras secciones, resulta evidente su protagonismo en la formación de espacios públicos al interior de las escuelas y liceos chilenos; a la vez que evidencia la función de

alumnos y alumnas como agentes alfabetizadores en sus comunidades al apoyar la ampliación de audiencias lectoras.

Los silencios, tachaduras, énfasis textuales y cambios discursivos en revistas como *Vértebra* invocan las múltiples negociaciones, reescrituras, recomendaciones y censuras realizadas por profesores, directivos, familiares e incluso sus propios pares. Si bien estas homologaron las características de la prensa comercial de la época en que se editaban y se produjeron en contextos altamente jerarquizados y mediados por el mundo adulto, en sus páginas se puede conocer más acerca de diversas prácticas individuales y colectivas a través de las cuales los actores del sistema escolar interiorizaban, negociaban y transgredían las normas prescritas, conformando un espacio de autonomía y transformación desde las palabras, ilustraciones y términos de sus estudiantes. En este escenario, la fuente “El futuro inexperimentado” nos introduce en la estética y las funciones con que los alumnos se situaron en el aula, los patios y otros lugares de sociabilidad que desbordaban el liceo mismo. También las maneras en que su autor se imaginaba un mundo cada vez más globalizado e interpretaba una realidad social marcada por la segregación y las diferencias de oportunidades futuras. Sus imágenes y palabras plasmadas en tinta nos ayudan a escudriñar las relaciones de poder, tensiones sociales y expectativas culturales en las escuelas y liceos atendiendo tanto a los ámbitos locales y mundiales, así como también los

¹ <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-333810.html>

procesos de construcción de identificación y de extrañamiento generacional desde sus alumnos y alumnas. Se trata de discursos y memorias que evocan una historia íntima y pública. Más allá de su mayor o menor grado de institucionalización, mediante la producción, circulación y consumo de estas ediciones se reconfiguraban los conceptos y horizontes de la niñez y la juventud desde la pluma de sus protagonistas.

Valentina Orellana Guarello

Licenciada y Magister en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC)
Coordinadora del Programa de Archivos Escolares, Instituto de Historia PUC
Académica de la Escuela de Pedagogía en Historia y Geografía, Universidad de La Serena

Carlos Riveros Acosta

Estudiante de Pedagogía en Historia y Geografía de la Universidad de La Serena (ULS)
Integrante del Equipo Patrimonio, Archivo y Memoria ULS

Nuestro futuro inexperimentado

Ante todo, quiero dejar bien sentado que no tengo lengua barba de profeta o una vaga y amplia mirada de vidente. Todo lo contrario. Soy uno de tantos. Esto podrá tener algún va[l]or preliminar para justificar mi entrada en este tema de por sí escabroso y difícil de trazar. Porque; hé [sic] aquí que voy a hablar de nuestro porvenir, el futuro de mis compañeros y el mío. ¿Y qué circunstancias me permiten este derecho? Pero, ¿por qué me adelanto, o supongo escu umbrar[sic] en el fondo del escenario la continuidad de esta vida que empieza?, ¿es audacia? ¿es miedo? ¿Es acaso desprendimiento de este egoísmo que tenemos siempre frente a una sincera confidencia? Yo mismo no sabría precisarlo con fiel exactitud.

Pero antes de continuar quiero volver a explicar que hablaré de nuestro futuro inexperimentado.

Si no estableciéramos esta circunscripción [sic], esta limitación en el inmenso horizonte de este tema: nuestro futuro, en general, con seguridad que nos perderíamos en vagas e inútiles suposiciones. Nos extraviaríamos muertos de ansiedad e impotencia en el caldeado desierto de nuestra vida oscura e imprecisa.

Llegamos hace seis años. Entonces nuestro futuro se crisalidaba triunfa[l]mente en el alcance de un curso superior, cada nuevo año. De esto hace ya seis veranos. Esto es ya un recuerdo: pantalón corto, bolsillos llenos de bolitas y la inmensa algarabía de los días que nos llevaban a la playa.

(Hoy también solemos ir a ese lugar acompañados o solos en nuestros momentos de sentimentalismo)

El primer año nos trajeron nuestros padres de la mano. Llegamos al término de un verano con los cuadernos empastados y el flamante libro de lecturas con sus perfectos [monitos] de nuestros sueños. Nos juntaron. Unos con otros. Nos mirábamos con recelo, extrañados de estar en esa comunión. Desconocidos todos sin habernos topado jamás en ninguna parte. Nos sentaron a todos en una amplia sala, blanca, con dos grandes ventanas por las que veíamos el movable ruido de la calle lateral.

Después nació la observación una tarde cualquiera. El compañero de adelante tenía la nariz de una forma especialísima. Reclamaba a gritos un apodo. Y el apodo vino. El de la derecha hablaba de una manera singular, y nosotros, pródigos y buenos amigos también le regalamos con un apodo cariñoso. Y así, muchos, muchos otros en aquel primer año de nuestro Liceo.

Luego al cinta corrió con locura, sin control, cuesta abajo sin detenerse. Cinco veces cayó la última hoja del calendario.

En un cuarto año los bolitas de nuestros bolsillos fueron a dar al fondo de la laguna o las lanzamos una noche, con nuestras hondas, contra las estrellas.

¡Ah, este sublime momento de mirar al cielo y de pensar en nosotros y en alguna persona que permanece en nuestra cercanía!

Y hé [sic] aquí, que de improviso, repentinamente, nos encontramos en el aspa final de esta rueda. Dispuestos a saltar al fondo de nuestro camino.

Sería negarnos todo alcance de reflexión si nuestros mayores experimentados no creyeran en nuestras convicciones. Nuestro futuro es incierto. De eso nos damos cuenta cada uno de nosotros, silenciosamente o bien con evidentes demostraciones de inquietud.

Nos damos cuenta perfectamente.

¿Cómo no pensar en nuestro futuro?

Nuestra situación es la del soldado dispuesto a avanzar hacia el campo inexplorado.

El muchacho alemán, metido en el torbellino rojo de la guerra conocía perfectamente su fatal situación.

Es mentira de novela o de pieza teatral, el decir que el muchacho que no conocía el frente lo creyera un romántico desfile de espadachines. Gran mentira que lanzaban y que aún profieren los fatuos, los que tienen el alto e inútil honor de haberlo presenciado todo.

El muchacho de aquella generación desaparecida se daba cuenta perfectamente. Dentro de sus ojos cabía todo el campo bélico, todo el resplandor trágico de esa miseria. Todo cabía. Lo único que le faltaba era la impresión. La cabeza le dolía, le reventaba; lo único que le faltaba era el golpe. Hasta él llegaba el olor de la piel quemada, de los cadáveres putrefactos en las trincheras y la herida abierta e infecta; la tos de los tísicos y el vómito de la muerte. Todo le llegaba en una triste ola mensajera.

Y luego en el frente la sospecha de la proximidad se hacía realidad encendida.

Así, nuestra situación es casi pasiva y de contemplación y de prestar oídos a la vida, al rumbo de los acontecimientos y del desenvolvimiento de la marcha del mundo.

Créanlo o no, cada una de estas palpitaciones exteriores repercuten en nosotros con soberbia intensidad.

Un día alguien trajo un periódico en una clase de Economía Política. Era una mañana. El muchacho del periódico leyó algo en voz baja al compañero del lado. Este lo dijo al de atrás, y así, en cortísimos momentos, la noticia cundió, avanzó furtivamente, esquivando la mirada del profesor y se nos metió calladita y apelonada en el fondo de

cada uno de nosotros. ¿Qué era? Los estados europeos movilizaban sus tropas hacia la frontera alemana.

Y esto ¿qué nos incumbe? ¿qué relación tiene con nuestros estudios?

He traído este hecho como simple ejemplo de nuestra constante preocupación. Llámennla, si gustan, preocupación elemental o rudimentaria. O con todas las clases de adjetivos que Uds. acostumbran a colocarles a nuestras refl[e]xiones, pero, lo que no nos podrán discutir es que esta preocupación existe. No nos ligaba a aquella agitación europea ningún interés personal, ni el más mínimo parentesco; y sin embargo, todos sal[i]mos silenciosos de la sala, y afuera, en el patio, la discusión, las conjeturas y toda c[l]ase de consideraciones se abrieron tempestuosamente.

Pensamos en aquella nueva generación que recién se levanta en la Europa abatida y nos estremecemos.

Tal vez, hasta podríamos aventurar que temblamos por la oscuridad de nuestros propios destinos.

Sabemos que la pasada guerra tuvo su repercusión en nuestra América, repercusión intelectual al principio, y luego intelectual y económica.

Esto lo hemos aprendido en alguna parte. Y ¿por qué no decir que el espíritu propio de la época imprime en nosotros su característica inconfundible?

Somos, generalmente, como son nuestros padres, o actuamos como se estilan las cosas en nuestra época.

Llevamos arraigadísima en nuestros fondos una raíz que día a día se estira apoderándose de nosotros. La raíz conservadora, que nos conquista, luchando con nuestra energía y con nuestra natural rebeldía.

La política de las poderosas potencias europeas es una política de audacia, de intereses, de sabios golpes meditados.

Y esto es lo que sabemos desde hace tiempo, nos llega en cada libro, en cada folleto, en cada embajada de cultura. Y nuestra América no se queda atrás. El más joven aprende del más [sic] viejo. Y así esta borrosa actualidad imprime un sello especial a nuestras manifestaciones. Debemos ser como es preciso que seamos.

Un trastorno mundial no nos conviene, no le conviene a nuestro ya oscurecido problema. Esta es la situación. Nos encontramos sacudidos por terribles y poderosos vientos. ¿Qué seremos? Es el momento de decidirnos. De un lado nuestra sinceridad, y nuestra recta conciencia de muchachos y de la otra, una <<clara>> visión del problema: Ser como es preciso que seamos...

Nuestro curso es un pequeño mundo. Cada uno de nosotros ha sentido sus momentos, definidos, bien precisos: triunfo, derrota, odio, amor, entrañable aprecio, desprecio, distinción, envidia ¿Quién podrá negarlo?; yo creo que nadie.

Nuestro curso, es indiscutiblemente un micro universo donde todos casi nos conocemos entre sí. Es un conocimiento derivado de seis años de mutua convivencia, acercamiento, de repentinas sinceridades, de sorprendentes confesiones.

No es que quiera discutir al profesor su conocimiento que sobre nosotros tiene. Si lo hiciera, sería un ciego testarudo. Pero, quiero decir que tal vez [sic] su apreciación se resienta: sea, quizás, unilateral porque cada profesor nos mire desde su lado, conoce una faceta de nuestra habilidad mental.

Pero nosotros, nosotros que vivimos unos al lado de los otros, que nos desnudamos juntos en el baño del colegio podría asegurar que nos conocemos en muchas otras <<actitudes>>. Porque, no se vaya a creer que es el hipócrita el que tiene actitudes. Grave error se cometiera si eso creyéremos. Nuestra materia y nuestro espíritu son ricamente plásticos, moldeables, y esta misma propiedad es lo que nos hace capaces de múltiples y a veces sorprendentes actitudes.

Está demás decir que el hallazgo de esa manifestación será hecho por el individuo que se nos acerque más.

Me atrevo a robarme esta concesión para repartirla entre nosotros.

El conocimiento unilateral que el profesor tiene de nosotros, puede enriquecerse por otro suplemento. El profesor puede distinguir a uno de los muchachos; hacerlo su amigo (¿no es posible? Creo que sí), vivir horas más prolongadas a su lado, hacerlo sincero, repartir con él su rica experiencia y si vigorosa fuerza intelectual, y entonces, es indudable, el profesor conocerá mejor al compañero de lo que nosotros seríamos capaces.

Pero estos casos son difíciles de encontrar y preferimos hablar de a generalidad.

Otras veces, el profesor sorprende en nosotros pequeñas chispas de carácter pasional, intelectual o sentimental, y entonces, valiéndose de una falsa apreciación psicológica cree conocernos

¡Cosa difícil! Hay profesores que creen que somos seres capaces de clasificar, de dividir en pequeños grupos o en selecciones más o menos equilibradas de caracteres, pero, su tarea y su preocupación resulta tanto más infructuosa cuanto más se empeñe en hacerla.

¡No somos momias de un museo ni menos pajarracos de un zoológico!

Nuestro curso es de una rica diversidad de caracteres y por lo tanto cabría hablar de múltiples supuestos destinos.

Nuestro curso, el último curso del colegio, está compuesto de diez y siete alumnos, veamos sus carreras y sus futuras posibilidades: tres estudiarán leyes.

He aquí los tres futuros abogados: K. Y. W.

K es un buen muchacho, un poco lento en sus movimientos, pero de indudable agilidad mental. La flojera lo envuelve: subiéndosele por sus piernas largas y delgadas. Puede que algún día la sacuda con un heroico golpe de gracia. Una formidable contradicción en K: es un muchacho y es conservador.

Le falta energía; violencia, movimiento, brusco y acelerado: Tal vez [sic] todas estas faltas le restarán poder a su fuerza intelectual. A pesar de todo sacará su título. En una calle central lucirá la brillante plancha de bronce.

Y la habrá obtenido honradamente aún cuando envejecerá diez años.

X Lleva un pomposo apellido de patricio o de insigne luchador político. X es poca cosa. Se mueve, avanza, mira de un lado a otro, hace la jugada y vuelve a avanzar.

Este es su eterna vida. Lo conozco hace tres años. Un día llegó a juntarse con nosotros y desde entonces hemos visto su <<bluff>> prolongado y audaz.

Es un muchacho para la época, como se debe ser. Aún avanzada un poco, pero descubierto, la caída será catastrófica. Es posible que esto no ocurra nunca, que el apellido de ilustre antepasado le lleve demasiado lejos, sobre un plano de elevada modiocridad [sic] y entonces la caída ya no será posible y triunfará (¿En mala lid?. eso no importa).

W ¿Quién sabe cuándo llegó? Preguntamos Y sin embargo, todos sabemos que viene con nosotros desde el primer año. Algunos dicen que llegó hace seis años de Cuba. Es posible. Pero ahora, también ha pensado seguir leyes. Es un loco, un rebelde a todo atajo o todo asomo de injusticia.

Sincero y buen amigo. Conozco demasiado a W. Pero ¿quién ha dicho que son los más sinceros los que triunfan?

Hé [sic] aquí presentados en síntesis los tres futuros abogados: K triunfará; está hecho para la carrera X dará tumbos y blufeadas y al fin es posible que triunfe y por último W tiene un destino oscuro.

A' - A'' - A''' irán a una escuela industrial. Trabajarán, vivirán holgadamente y olvidarán las lecciones de psicología y las manifestaciones artísticas. Este es su destino. ¿Tan simple? Nó. A'' tiene pretensiones de buen burgués. Se complica él mismo su camino; yo me encuentro incapaz de seguirlo.

Z-e-Y son dos casos tristes de nuestra población estudiantil. El padre de Z se encuentra lejos, en las regiones australes de país; no saben de él hace tres años, y se

encuentra confundido, aturdido, como un hombre que no se atreve a salir al campo una noche de tormenta. ¿Qué será? de él?

Ha trabajado seis años tesoneramente. Capacitado. Mentalmente musculado, se quedará en el muelle a la hora de la partida. ¡Injusticia del destino! ¿Ha pasado Ud. Señor acaudalado en este caso? ¡Ah, ya se ve que no! Esa tragedia simple y rotunda no cabe en su cabeza inútil.

El caso de Y es parecido. El dice que su padre murió. Al menos para él. Así me lo dijo, una noche en silencio. Y yo lo he comprendido. Es el buen amigo abnegado, sincero y agradecido como todos los pobres. Yo también le he agradecido muchas veces su buena cercanía de hermano y de semejantes en el destino oscuro ¡Siempre te llevaré en el corazón hermano de mi pobreza y mi furia de lucha!

Hé aquí a Z y a Y capacitados llenos de fe y de vigor. Dinero... dinero...

T espíritu sajón, silencioso, trabajador, honrado y laborioso. Triunfará. Será un futuro ingeniero.

¡Se le saluda desde un puente de acero, elevado alto en su camino!

G es el hombre de la máquina, de soberbias manos y homóplatos [sic] soberbios.

Está hecho para el trabajo f[a]bril, furioso. El engranaje y la sirena le esperan en la usina al[l]á en el fondo. Este hombre es el atleta de una leyenda que nosotros idearemos: El atleta que clavó el disco en el cielo como un signo de fe, de sinceridad, de fuerza.

B' y B'' son los aristócratas del curso. Se dan cuenta de su valor, pero luchan, pegan fuerte y avanzan.

Uno conoce su vida y su destino como la gitana la palma de una mano. Recidirá [sic] en la ciudad, talvez [sic] en la capital y desde allí telegramas al administrador del fundo y éste, desde aquí, giros y más giros para el <<patrón>>.

Simple destino como el hombre poseedor.

El otro estudiará medicina. Nó [sic], nunca frente a él me quejaré de nada ¿Y de los otros? ¡Ah, me olvidaba!

Los otros nos dejarán involuntariamente. Siempre caen pedazos de nuestros recuerdos en la furia del viento de la vida. También se quedan estos buenos amigos, espantados, miedosos, mirando hacia el fondo brumoso del escenario. Entre ellos hay algunos que tienen su singular talento: o musical o poético, o tan sólo cierta vis cómica que le señalará tarde o temprano el camino que a última hora deberán elegir.

Aquí tenemos lo que resulta de esta decisión en la hora última. Pocos, poquísimos están en su verdadero lugar. El que aspira a médico, apenas se merece ser el secretario privado o el jefe, por lenta ascensión de algún laboratorio.

En cambio el muchacho Z merece ir lejos en la conquista y talvez [sic] no podrá. Igual cosa merece Y, estar muy por encima de las aspiraciones de algunos mediocres.

De esta descentralización, de esta egoísta equivocación de carreras resultará, inevitablemente, y como una lógica consecuencia, la oscuridad de nuestro camino.

El que tiene más elevadas relaciones, el que hace el <<bluff>> con naturalidad y audacia le quita la oportunidad al más capaz y al más talentoso.

Hacia las colocaciones avanzan jovencitos con numerosas cartas de recomendaciones.

Aquí se queda uno, que aún tiene fe en la renovación de valores, en la ruda lucha que hace surgir los más capaces.

¡Me río en la cara del que me grita que soy un fracasado!

El destino es oscuro, bien, de acuerdo. Yo también soy oscuro; siquiera por mimetismo puedo mantenerme.

Mi última palabra: He tenido buena fe.

Creo ver esto entre mis compañeros.

Ahora se alejarán muchos de mí creyéndome un loco y más de alguno me gritará ¡profeta!

Galvarino Rodríguez C.¹

¹ Transcripción literal de la fuente: Rodríguez C., Galvarino. "Nuestro futuro inexperimentado". *Vértebra*, La Serena, I: 4 (1934): 11-15. Colección Biblioteca Nacional de Chile disponible en Memoria Chilena. Consultado el 17 de octubre de 2016. URL: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-333797.html>